

# El terror como dispositivo social de incertidumbre (nuevas identidades y linchamientos colectivos)

Raúl René Villamil Uriarte\*

Elías Canetti, Freud, Le Bon y todos los teóricos del anonimato tocan el límite ante la relación tecnológicas de punta, satélite, mundialización de la información y anonimato. Las escenas que hemos observado los últimos días donde los habitantes de San Juan Ixtayopán ajustician a tres policías federales, en franco *clouse up* que en lugar de esconderse ante las cámaras, ocultar sus rostros o ponerse una máscara, tenían el deseo explícito de ser reconocidos por la tele, jalando de los pelos al ajusticiado y en esa acción dejando explícita la pedagogía terror del aque-larre comunitario

## Campo de sentido y tradición

Desde hace ya algunos siglos, las comunidades indígenas, rurales y campesinas en México, han llevado a cabo múltiples formas de expiación colectivas, como campos de significación mítica e imaginaria de depurar el mal, cuando fenómenos naturales como los terremotos, los huracanes, las lluvias, las inundaciones, ponen en riesgo la continuidad del proceso cultural que sostiene la vida cotidiana. Algo pare-

cido sucede con el sistema de símbolos que se altera de manera violenta cuando una persona o grupo pone en riesgo la seguridad de esta estructura de soporte de lo que sucede a diario.

Los rituales de ofrecimiento a la deidad de sacrificios, de abstinencias y de laceraciones corporales, entre muchos, son parte de esta manera de tratar de reparar el rumbo que las fuerzas sobrenaturales le imprimen a las comunidades, para determinarles un presente y un futuro. En contra de lo asignado por Dios, las comunidades imploran el perdón y llevan a cabo una serie de rituales para estar bien con el más allá y con el más acá.

Pero estas dimensiones de eficacia simbólica del ritual actúan virulentamente ante la descomposición y

corrupción de los vínculos sociales de las localidades, sobre todo cuando las instituciones encargadas de proteger e impartir justicia en todo el país se fracturan ante la corrupción, la violencia, el narcotráfico y la manipulación de los valores comunitarios.

La ritualística de la depuración actúa ante él o los miembros pertenecientes a una cultura o localidad, pero también ante el ajeno o el extranjero que transgrede el campo imaginario y sagrado en que se estipulan las normas, consideradas como la punta más visible de la cosmovisión de los pueblos, sobreviene el linchamiento, como ejercicio público de tomar en las propias manos el poder del todos los demás, a los que se representa en el hecho del “todos a una, fuenteovejuna”.

\* Profesor-Investigador, UAM-Xochimilco, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

De tal manera que, en su vertiente depuradora, las comunidades chocan permanentemente con una cosmovisión occidentalizada de hacer justicia, en la que entran en juego los usos y costumbres de lo regional y tradicional, en contra del sistema institucional establecido para hacer y administrar justicia. En tal confrontación la víctima estorba por denunciar o no el fracaso de las instituciones creadas para el mantenimiento de la armonía y el bienestar social, porque privilegia el lugar del delincuente, postergando con los trámites la reparación del daño, el castigo al agresor, ocasionando efectivamente una retraumatización de la víctima, como un castigo implícito por dejarse agredir y por evidenciar cada vez con mayor frecuencia y de manera mas brutal, la ineficacia del llamado Estado de Derecho.

La inutilidad de las instituciones de derecho se basa en este caso en no poder garantizar un artículo central de la constitución: la defensa de los derechos humanos al libre tránsito, a la libertad de pensamiento, de agrupación, a la libertad de opinión condensadas en el derecho que tienen los individuos a que el Estado les debe garantizar la defensa de estas libertades como principio de sociabilidad. Pero la paradoja sobreviene cuando, ante la visibilidad de la víctima, casi nunca es sujeto de derecho. En la mayoría de los casos el sistema de procuración de justicia hace uso de la dilación del tiempo de respuesta judicial en contra del agresor, de la sospecha en contra de la víctima, lo que ocasiona su doble victimización<sup>1</sup>.

Posiblemente una clave del desencadenamiento de la descarga de la gleba en contra del presunto delincuente sea ésta: el imaginario de desprecio, de indiferencia y de discriminación que el Estado mexicano le ha dado, como respuesta a sus demandas, a las comunidades, que en su eterna espera de justicia y reparación, fastidiados hasta el hartazgo de que se les engañe y se les devalúe, someten por sus propias manos a los delincuentes y en esta acción, echan a andar lo peor de sus tradiciones en cuanto a sus usos y costumbres; a su vez, de la manera mas siniestra, son los medios de comunicación masiva, la radio, la televisión y la prensa, los que le dan sentido como una denuncia pública, para aumentar sus ventas, sus ratings, convirtiendo en

<sup>1</sup> Es del dominio público el temor que abrumba a una víctima de violación, pues si se atreve a denunciar el delito, es cuestionada impunemente por las autoridades "competentes" por interrogatorios denigrantes y estremecedores para ella, además dentro del dispositivo de la demanda legalmente se establece un examen médico, en donde se tienen que encontrar rastros de semen para poder hacer veraz el relato de la víctima.

un espectáculo de *reality shows*, la realidad que se virtualiza en una mercancía de consumo de masas lo que a lo largo de los años ha larvado una revolución social: el resentimiento, con todas las consecuencias que esto entraña.

## La percepción de la autoridad en las comunidades

La comunidad de San Juan Ixtayopán de la Delegación de Tláhuac, D.F., no se equivocó al linchar a agentes de la Agencia Federal de Investigaciones, pero sí está muy confundida con el proceso de los acontecimientos, ya que como resultado de los hechos fue devastada por los cuerpos policíacos 24 horas más tarde y linchada por la opinión pública y los medios de comunicación electrónicos y escritos.

Los linchamientos colectivos, por parte de la comunidad, de tres policías judiciales el martes 23 de noviembre del 2004, denuncian lo que aparece permanentemente en el horizonte perceptual del ciudadano común: los judiciales, desde hace varias décadas, han roto con la dinámica del bien y del mal, ya que en los años cuarentas y cincuentas todavía existía un límite más o menos visible entre los buenos y los malos, entre los que actuaban a favor de la seguridad de la gente y entre los que intentaban corromperla. En la actualidad, pertenecer a la policía no importa la inscripción a tal o cual grupo, es para el sentido común de cualquier ciudadano un estereotipo de la persona que ocupa esta designación de ser un delincuente y un corrupto.

Precisamente, para no ir más lejos, hace pocos días se descubrió que el Subdirector de Política y Estadística Criminal la PGJDE, Carlos Alfonso Rodríguez Gómez<sup>2</sup>, era el líder de una banda de secuestradores que actuaban en la ciudad de México. Una grabación telefónica que procedía de la propia dependencia pone al descubierto un escenario cotidiano y siniestro: el personaje en cuestión demanda el pago del rescate del secuestrado a una familia a punta de improperios: "si no pagan el rescate hijos de la chingada se los va a llevar la verga, cabrones, les vamos a mandar a este cabrón en pedacitos..."cuelga<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> "Usa un plagio tecnológico. Aprovecha conocimientos de computación". Nota publicada en el diario *Metro* de fecha 20 de octubre de 2004, p. 12.

<sup>3</sup> No podemos dejar de observar el sentido del suspenso que imprime el acto violento en este caso del secuestro, cuando después del sentido de la amenaza extrema se cuelga el teléfono, poniendo entre puntos suspensivos la imaginación de los familiares del secuestrado. Edgar Allan Poe, Lovecraft y Quiroga no me dejarán mentir con respecto al derrumbe psicológico que se produce en los familiares con este dispositivo.

Hace pocos días se descubre también que el jefe del sector portales estuvo preso por violación en el Reclusorio Oriente<sup>4</sup>; para no ir más lejos, casi todas las bandas de secuestradores tienen en sus filas a un líder o como integrante a un policía judicial en activo o dado de baja. Esta es la historia funesta de los Arizmendi, de los Caletri y de todos estos personajes infames foucaultinos<sup>5</sup> de los cuales se han documentado miles de casos, de anécdotas, que en el sentido particular proliferan en la llamada delincuencia organizada, o a la inversa es esta delincuencia organizada la que se alimenta impunemente de estas biografías personales para en muchos casos heroificarlas, como parte del imaginario colectivo que le da sentido a las necesidades de un pueblo resentido que necesita de estos justicieros negros y anómicos (si están pensando en el narco estamos en lo mismo).

El contexto de la respuesta impulsiva de la gente de estos pueblos tiene que ver con un campo de significación que se basa, por lo menos, en los 32 linchamientos que se han realizado en los pueblos de Tláhuac, Xochimilco y Milpa Alta en menos de dos años. Insisto: no es estrictamente una equivocación, menos aun es proceso de reacción popular que enaltezca la condición humana, que la dote de dignidad, pero es una acción que se encuentra atrapada en un callejón sin salida que es la continua provocación por parte de la policía, que en base a la traición de su función original y específica, es actualmente la que, en su nomenclatura de delincuencia organizada, roba, tortura, secuestra, desaparece a las personas, las asesina. Más bien, los habitantes de estos pueblos están confundidos por una cierta esquizofrenia social, pues nunca saben si dentro del estereotipo del judas se encuentra el alma de Dios padre<sup>6</sup>.

Las dimensiones religiosas del bien y del mal aquí juegan un papel fundamental: no podemos olvidar los linchamientos tan tristemente célebres de Canoa asusados por el cura de la iglesia, que en este caso —el de Ixtayopán— nunca apareció para detener a la turba por la sencilla razón de que había fallecido tres días antes del linchamiento. No por esto podemos desconocer las dimensiones religiosas fuertemente arraigadas en los acontecimientos de los linchamientos, como un aspecto que la antropología señala como la función simbólica de la depuración del

mal, lo que invoca a la muerte del desdichado a golpes por el pueblo, para que sea el depositario del sufrimiento y del rencor de todos, así como la aparición del fuego como el elemento ritual que hace la labor de purificar el mal, quemándolo.

## El peso simbólico del resentimiento<sup>7</sup>

Aunado a esto, los habitantes de estas comunidades han acumulado una cantidad de resentimiento que se traduce en datos, recuerdos y tradiciones como sedimentos de los prejuicios locales, en contra de cualquier desconocido, se han vuelto recelosos, desconfiados y altamente reactivos, por lo que la mayor parte de fenómenos delincuenciales están sobrecargados de sentido, ya sea por el rumor que recorre todos los callejones e intersticios del barrio, como por el manejo mediático de los acontecimientos que tienen que ver con el robo, el homicidio, el secuestro y el tráfico de drogas<sup>8</sup>, lo que inevitablemente constituye una memoria colectiva inmediata, que responde virulentamente ante cualquier provocación.

Aquí probablemente nos encontremos ante formas míticas y sagradas de depuración y regulación del mal, que siguen activas en el imaginario social de estas comunidades, y que son en sí mismas formas de resistencia perversas que intentan invertir el sentido del orden social, ejerciendo justicia por propia mano como un llamado de atención que devela la descomposición social de los vínculos comunitarios civiles y que pone una vez más al descubierto el fracaso de las instituciones políticas del Estado. El sistema simbólico que sostiene esta atrocidad que son en sí mismos los linchamientos, es la manera más extrema de recu-

<sup>7</sup> El dispositivo del resentimiento es un fenómeno mítico, histórico y político que se difunde en la metáfora del mundo al revés, se ha acumulado por generaciones y consiste en invertir el lugar que los inadaptados, marginados y desconocidos por el sistema económico y de control social, les ha asignado a través de varios siglos. Ahora son ellos los que se atribuyen moral, ética y religiosamente el ser los elegidos del señor y la consecuencia ética de que todos los demás estamos equivocados. Cuestión que les atenúa el problema del sentimiento de culpa, lo que les permite actuar con una contraviolencia inusitada ante las instituciones.

<sup>8</sup> Lo que es más, al parecer estos acontecimientos se tocan inevitablemente con la dimensión de la resistencia comunitaria traducida en guerrilla ya que la casa fotografiada y vigilada por estos tres agentes linchados era la casa de los hermanos Cerezo Contreras de triste recuerdo por encontrarse presos bajo el cargo de terrorismo contra el Estado. “De mi padre, la casa que vigilaba la PFP en Tláhuac” Francisco Cerezo. Nota publicada en el periódico *La Jornada* el martes 30 de noviembre de 2004, por Jaime Avilés.

<sup>4</sup> “Confío Mondragón en el ex convicto sin conocerlo”, Nota publicada en el diario *La Crónica* noviembre de 2004.

<sup>5</sup> Foucault, M., *Historia de los hombres infames*, Ed. La Piqueta.

<sup>6</sup> “Historia repetida en el sur de la ciudad”, Nota publicada en el periódico *La Jornada*, Miércoles 24 de noviembre 2004, p. 43.

perar la identidad de un híbrido, comunidades tradicionales tocadas de manera determinante por la delincuencia urbana, usos y costumbres proyectados en la pantalla del televisor, arraigos de los pueblos a las costumbres más arcaicas en detrimento de la apertura al mundo exterior. Pero, también, el avasallamiento del modelo neoliberal de la globalización que no respeta las tradiciones locales.

El efecto, entonces, es devastador en la fractura de los sistemas simbólicos que sostienen la vida cotidiana de estas comunidades: es el encontronazo de dos locomotoras en sentido contrario que viajan por la misma vía, una es la fractura por la corrupción de las instituciones sociales encargadas de soportar a los individuos, de procurar justicia y de ser árbitros de las controversias individuales y colectivas, es la desesperación, la espera secular y fallida que se condensa en el resentimiento y el engaño que han sufrido comunidades enteras ante las instituciones públicas y privadas encargadas de procurar justicia. Uno de los efectos es la turba delirante contagiada de la verdad histórica de un pueblo que se hace justicia por su propia mano, mediante individuos de carne y hueso que se sienten representantes y depositarios de la enfermedad mental de comunidades abandonadas históricamente a su arbitrio y al anonimato que les concede el presente. El otro efecto es el vaciamiento del poder del Estado como representante del poder social. Esto es el peso simbólico del resentimiento, que destapa la crueldad legitimizada del Estado terror.

Efectivamente, el resentimiento social opera sobre la incredulidad de la necesidad de Estado, de su funcionamiento y de su eticidad civil.

Ante el linchamiento de tres judiciales se responde con el linchamiento de todo el pueblo; ante la anarquía, el poder total de tirar puertas a patadas y hacerlos a todos culpables. Es curioso cómo aquí se detiene el análisis mediático: lo que realmente es noticia es cómo un pueblo delirante asesina; pero cómo responde el Estado ante este acontecimiento se vuelve intrascendente para la opinión pública, a pesar de la imposición de un ejemplo total.

## **El resentimiento como la salida del anonimato a la televisión**

El evento televisado de los linchamientos que se difundió en las dos cadenas más importantes de televisión, volvió a poner al descubierto una cuestión de todos sabida desde hace varios años: el medio genera fenómenos de identidad inéditos, formas que adquiere la presencia personal, que se distingue de la turba, verdaderamente novedosas,

imágenes que transgreden las viejas teorías sobre el anonimato y la potencialización de las bajas pasiones en una pedagogía en dar una lección pública que se transmita a todo el mundo, utilizando a la víctima, en la necesidad que las comunidades tienen de depurar el mal mediante el fuego como símbolo, ante el fracaso de la política y de las instituciones públicas, fundadas para impartir justicia, por lo que son los medios masivos de comunicación como la televisión, la prensa y el radio los que aparecen como la única alternativa para volver a inventar la política mediante la exacerbación de la violencia, a pesar del amarillismo que acarrea esta acción.

No obstante, es la intervención y la manipulación que los medios hacen del hecho histórico, aquello que paradójicamente, produce el acontecimiento que es hegemónico para la opinión pública, al hacer aparecer a las comunidades como salvajes, violentas y primitivas a las cuales hay que condenar y marginar aun más del proceso de desarrollo educativo, cultural y social.

Pero, como decíamos al inicio del artículo, estas comunidades no se equivocan al linchar a policías judiciales, están confundidas y utilizan el medio para salir de un anonimato histórico y marginal al que por siglos han estado condenadas. Es decir, existe una demanda imperante y casi inconsciente de estos grupos: salir de la invisibilidad para volverse una imagen que, aunque sea por un instante, le dé una presencia que los haga visibles y se envíe a todo el mundo. La fama de la brevedad de un momento, que, a pesar del acto delictivo, los eternice por lo menos en la memoria deteriorada del pueblo o, por lo menos, en la de la misma familia de procedencia.

Elías Canetti, Freud, Le Bon y todos los teóricos del anonimato, tocan el límite ante la relación tecnologías de punta, satélite, mundialización de la información y anonimato. Las escenas que hemos observado los últimos días donde los habitantes de San Juan Ixtayopán ajustician a tres policías federales, en franco *clouse up* que en lugar de esconderse ante las cámaras, ocultar sus rostros o ponerse una máscara, tenían el deseo explícito de ser reconocidos por la tele, jalando de los pelos al ajusticiado y en esa acción dejando explícita la pedagogía terror del aquelarre comunitario. Pero lo más importante era salir en la televisión para que todo el mundo pudiera observar a través del medio, que por lo menos por cinco minutos, el pueblo perdido en el culo del mundo, mediante un habitante, podía salir del anonimato ganando eventualmente cinco minutos de fama mundial, ante una condena colectiva de todo el mundo, que reenvía en la historia momentánea del aconte-

cimiento a la nueva identidad heroica que se hace pública y siniestra en una lucha a muerte contra el olvido.

Al parecer aquí el problema es un problema de identidades tocadas por el terror que en la modernidad de los acontecimientos están condenadas a la tecnología de lo instantáneo, a la generación de una cultura del terror de siglos de ejecución para que se vuelvan una nota de dos minutos, intersectadas por comerciales alterados por la censura del cuerpo<sup>9</sup>. Es más aceptable para la opinión pública ver en primera plana de un periódico de circulación nacional gente torturada e incinerada que cuerpos voluptuosos explícitos y seductores. ¿De qué pedagogías estamos hablando?

Ante comunidades duramente depauperadas, corrompidas por el capital neoliberal, engañadas en la expropiación de sus tierras, despreciadas en sus tradiciones, sumamente herméticas ante la aparición del otro, del prójimo al parecer cuando encuentran a tres judiciales haciendo investigaciones sobre su vida cotidiana, sobre sus dinámicas, sobre sus ritmos no se equivocan, se confunden por el imaginario social del ejercicio mediático de la realidad social.

Lo inmediato, como dice Carlos Monsiváis, es una condena, nunca más estos fenómenos en el horizonte perceptual de la realidad nacional. ¡Nunca más!

¿Pero cuál es el valor histórico cultural del resentimiento, ante la descomposición del tejido social, que hace emerger de una manera inconcebible el civismo violentado por la explosión de eventos sangrientos, sin mediaciones institucionales que garanticen la convivencia social?

¿Se puede hablar en México de nuevas identidades y globalización ante el trastocamiento de la violencia y el resentimiento en las generaciones que históricamente generan los linchamientos? (ver la foto de la jornada donde las nuevas generaciones aprendieron la lección). ¿Son estas las nuevas identidades? Individuos refundados por los acontecimientos sociales de violencia extrema, sujetos sociales de la masa anónima deseosos de ser inmortales aunque sea

<sup>9</sup> Justo 5 minutos antes de la nota de los linchamientos, televisión azteca pasaba la nota informativa de las máquinas de video para los niños en las tiendas dedicadas a este rubro, en donde, por un peso, los niños pueden ver escenas pornográficas, las cuales eran transmitidas por televisión abierta con cuadros de censura en los cuerpos desnudos, obviando la imagen de los senos, de la vagina o de las nalgas, mientras tanto como noticia sucedánea la televisión se encargaba de pasar tomas centradas en la cara de los ya ajusticiados próximos a la muerte, ensangrentados y con el rictus del terror preparatorio de la incertidumbre. El *talk show* y el *reality* de los ejecutados. ¡cámara, acción!

por un segundo, en la brevedad eterna de una nota periodística que los reconozca como justicieros vengadores de una historia de desconocimiento e indiferencia.

¿Cuando se habla de nuevas identidades y globalización se toman en cuenta estos acontecimientos?

## Las nuevas generaciones de San Juan Ixtayopán sí aprendieron la lección

La fotografía publicada en la jornada el miércoles 24 de noviembre de 2004, en la página 43, que tiene como título condena general a los hechos de violencia en San Juan Ixtayopán, en donde se pueden observar a un grupo de habitantes, mayoritariamente jóvenes con mochila que vienen de la escuela, tapándose la boca ante la presencia de dos cadáveres incinerados, nos deja ver la lección comunitaria que se hace presente en la conciencia colectiva del pueblo, donde los jóvenes son uno de los objetivos primordiales de esta lección de *pedagogía terror*<sup>10</sup>. Se sabe que un joven de 16 años fue el que prendió fuego a los agentes federales que fueron ajusticiados. Los forenses encargados de la investigación afirman que fueron quemados vivos. La lección que hombres y mujeres de la comunidad transmiten a los menores que vienen de la escuela transgrede los límites físicos de los establecimientos de la primaria, de la secundaria, de las preparatorias y de las universidades, ya que el conocimiento y la moraleja que transmite la comunidad a todos sus habitantes, especialmente a las nuevas generaciones es un germen, es un lastre de la fractura histórica del Estado político que representan los partidos, los legisladores, los diputados, los senadores, el poder judicial y el presidente de la república, así como también del fracaso de las organizaciones civiles que pretenden incidir en conductas cívicas alternativas al poder del Estado.

¿Ante estos acontecimientos recurrentes, treinta y dos ajusticiados en menos de dos años, cuál es el mensaje? Cuando hablamos de nuevas identidades y globalización ¿de qué estamos hablando?

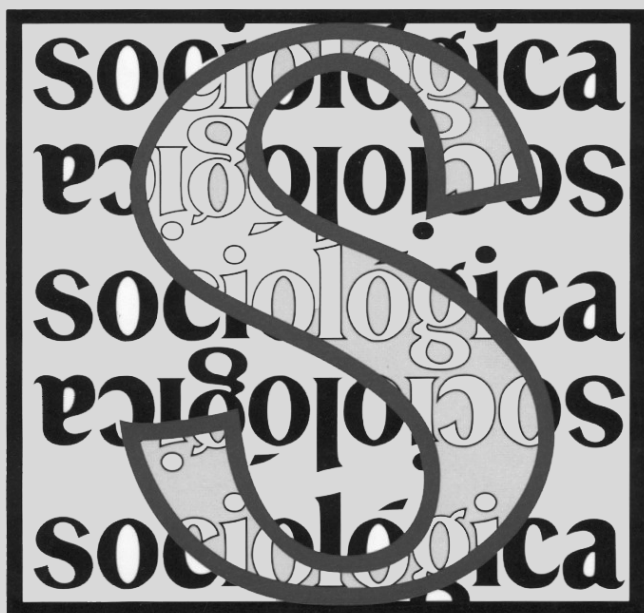
## La virtualización de lo social

Una de las dimensiones subjetivas más importantes de estos acontecimientos es la extracción de lo real que los

<sup>10</sup> La noción de Pedagogía Terror aquí toma unas dimensiones verdaderamente conmovedoras, en donde se analiza la presencia de los niños y de los jóvenes en esta expresión popular de civismo. Véase mi libro *El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura*, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, México, 1999.

# sociológica

## Retos sociopolíticos del México contemporáneo



medios hacen de los fenómenos vaciándolos de sentido y espectacularizándolos, haciendo que el ciudadano común al que le toca de lleno esta descomposición de lo social se vuelva un simple espectador de un *reality show* que puede estar viendo en el mismo lugar del linchamiento cómodamente sentado en el sillón de su hogar viendo las entrevistas que los reporteros le hacen a los próximos linchados. La noticia es realmente que la sociedad civil todavía está

La Jornada y El Proceso con respecto a los acontecimientos del linchamiento referido, observo a un grupo de personas predominantemente jóvenes y niños con mochilas, que vienen de la escuela, aterrados, impávidos, atónitos y desvanecidos, las miradas no cesan de fijarse en los cuerpos incinerados.

¿Cuál es la lección? ¿Cuál es la moraleja? ¿Qué tipo de sujetos jóvenes estamos formando en México a partir del campo de significación de la crueldad y la violencia?

viva, llámese ghetto, patria, turba, orda, localismo, hermetismo, encierro o abandono, la resistencia colectiva y la fuerza comunitaria todavía se expresa en olas sangrientas de terror que exigen insistentemente y de manera tradicional víctimas. Esta es la dimensión sagrada del linchamiento que se ve acrecentada por la virulencia del rumor.

Ante esta realidad, parecida a la de Ciudad Juárez y a la de las más de 300 mujeres asesinadas en diez años, el Estado, sus instituciones y sus autoridades son culpables por omisión. Esta violencia por el fracaso del mal gobierno que tiene más de setenta años es estrictamente la violencia que el Estado genera contra las comunidades y contra los grupos sociales que representa. El ejemplo más crudo y más conmovedor en la actualidad es la constitución y estructura que le da sentido a la organización de la delincuencia como dispositivo de la desorganización política.

La hipótesis central de estas afirmaciones es que, desde 1988, con la caída del sistema y con la llegada del Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas a la gubernatura del Distrito Federal, esta delincuencia organizada ha funcionado como los grupos paramilitares de antaño, de los años setentas que caracterizaron la brutal represión de la guerra sucia.

Para finalizar estas reflexiones me detengo en la fotografía publicada en